

Tercera charla
EL MISTERIO DE LA ALIANZA DE AMOR.

El misterio de la alianza de amor. Digo el misterio de la alianza de amor porque ella nos lleva al mundo sobrenatural, al mundo de Dios. Y Dios siempre es un misterio. Y no solamente por eso, sino también porque es una alianza de amor y el amor, de una u otra forma, es también un misterio. Adentrarse en el mundo de la alianza, en el mundo del amor, es adentrarse en un mundo misterioso, difícil a veces de captar, y mucho más difícil todavía de expresar en palabras. O se vive y se comprende vitalmente, o no se vive vitalmente y no se comprende.

Hemos hablado de la alianza de amor en la vida del P. Kentenich. El lema "tu alianza, nuestra vida". Vimos lo que significó para su vida la alianza de amor con María Santísima. Luego tratamos de ahondar más el contenido de la Alianza, qué es la alianza. Nos preguntamos qué es la alianza, viendo las analogías que nos acercan a ese mundo: la alianza tiene mucho de amistad; tiene y entraña, de alguna manera, el misterio del matrimonio, de la alianza esponsal; y la alianza se caracteriza sobre todo por ser una relación filial-paternal. O mejor dicho, la alianza filial, la relación padre-hijo nos da la luz más cercana, más potente, para comprender la relación nuestra de alianza con María.

¿Cómo podríamos definir todo esto? ¿Qué es la alianza de amor?

El P. Kentenich la define en una forma muy sencilla. Dice: "Es un intercambio de corazones, de bienes y de intereses con María".

¿Qué es la alianza de amor, en qué consiste? Es vivir con María. Nuestra vida tiene que llegar a fundirse con la vida de la Santísima Virgen. El amor de suyo nos lleva a la fusión de corazones. Amar a una persona es vivir en la otra persona, es tener a la otra persona en el propio corazón. Este misterio de amor es el que nosotros queremos que se realice con María: vivir con ella. Y no solamente vivir con ella sino que vivir en ella, habitar en su corazón.

Es decir, nuestro lugar predilecto, nuestra habitación, el lugar donde estemos, donde nos movemos, desde donde partimos y a donde llegamos, debe convertirse para nosotros el corazón de María. Nosotros partimos desde el corazón de María; vivimos en el corazón de María; allí desarrollamos, por la Alianza de Amor, toda nuestra vida.

Esto es mucho decir, pero es algo en lo cual vamos entrando poco a poco. En el misterio del amor nunca se entra de golpe. Uno empieza a veces entrando de golpe en el misterio del amor a una persona. Pero eso es casi como entran en un pozo infinito, donde nunca topamos fondo, porque también detrás del amor humano está el amor a Dios que es infinito. Detrás del amor a una persona humana también está el amor a Dios. Detrás del amor a la Virgen está el amor a Dios.

La alianza de amor, un intercambio de corazones

Por la alianza de amor queremos poner nuestra vida en función de María, para ella, para su mundo. Vivir en ella y vivir para ella. El Padre define la alianza diciendo que es un intercambio de corazones.

Nosotros podemos intercambiar muchas cosas con una persona. Pero mientras no entreguemos el corazón, no ha pasado nada fundamental entre nosotros dos. Nosotros podemos conversar, discutir, hacer cosas en común, planes comunes. Pero mientras no hayamos llegado a un intercambio de corazones, no hay nada profundo que nos relacione. En definitiva, no estamos ligados, no estamos atados.

María quiere conquistar nuestro corazón. No quiere conquistar, en primer lugar, nuestro intelecto, nuestra cabeza. Eso no le importa mucho, diría yo. Hay tantas personas inteligentes que nunca llegan a amar y, a veces, las personas más limitadas aman con mayor fuerza. Y sea como sea, a María lo único que le importa es nuestro corazón, ganar nuestro corazón. Y por eso, ella se juega por entero; por eso ella dio, de alguna manera, su corazón, su sangre, espiritualmente, para conquistarnos. Y lo que se dice de Cristo, lo que san Pablo dice del Señor, que nos compró a un precio altamente grande: "Con tu propia sangre nos compraste, nos ganaste, nos conquistaste para ti", eso vale también para María.

Ella está al pie de la cruz con Cristo, para ganarnos. Quien nos ha sufrido por alguien, no le importa mucho la otra persona. Cuando uno sufre por la otra persona, entonces, realmente empieza a quererla. La prueba de amor, como decíamos, se da muchas veces en el dolor, en la renuncia, en el sacrificio, en la cruz. María quiso demostrarnos que estaba dispuesta a entregar lo más querido, lo más grande, lo máspreciado, para conquistar: su propio Hijo, alma de su alma. Ella quiso abrirnos la puerta de su corazón.

En el comentario de la Pequeña Consagración, un trozo expresa esta entrega del corazón que María nos pide:

"Te consagro mi corazón,
lo más mío, hasta lo más íntimo,
hasta lo más cálido.
Te consagro mi corazón,
el que ya has tenido entre tus manos,
el que se dispara y se rebela,
el que te necesita y te llama,
el que ya conoce tus latidos
y los comienza a seguir.
Te consagro mi corazón
que sólo tu amor y el amor de Dios
pueden saciar plenamente.
Te abro mi corazón,
con su pobreza y su riqueza.
En él eres única Reina.
Madre, dame un corazón
semejante al tuyo,
acrisola sus impurezas,
rompe su estrechez,
sin compasión, destruye sus murallas;

hazlo amplio y hermoso
como el tuyo;
puerta del cielo,
refugio de paz,
fuego de amor ardiente,
fuente cristalina de vida,
hogar del mundo.

Eso implica la Alianza de amor. Una entrega del corazón para que María nos entregue el suyo. La alianza es un misterioso intercambio de corazones.

Decíamos que para sellar la alianza, nosotros no teníamos que llegar, primer, a un cierto grado de perfección, de purificación: si no hemos logrado tales y tales metas, si no hemos fortalecido la voluntad, si nuestro horario espiritual no está impecable, no nos atrevemos a sellar la alianza; en último término, nos da vergüenza acercarnos a Dios...

Esta es una perspectiva enteramente falsa. El camino para llegar a la alianza es otro. Tenemos que introducirnos, meternos en el corazón de María y dejarnos moldear, modelar por ella. Es ella la que nos transformará. Ciertamente no sin nosotros. Pero el misterio de la Alianza es que yo me abro a su corazón, me abandono en su corazón, me "echo" casi en su corazón, me abandono en su corazón. Sumerjo mi corazón en el corazón de María y en contacto con su corazón, se purifica mi corazón. Ella lo purifica de todo lo que hay en él de miseria, de pobreza,

¿De qué lo purifica? Pensemos solamente en lo complicado que es nuestra vida afectiva. Los celos, las envidias, tantas cosas ocultas; los sentimientos que se entrecruzan, las simpatías, las antipatías. ¿Cómo poder purificar ese corazón? ¿A fuerza de voluntad? Es hartamente difícil, casi imposible. ¿Cómo, entonces? Nuestro camino es vaciándonos en el corazón de María, poniendo nuestro corazón en su corazón. Y en el contacto con ese corazón, irán desapareciendo nuestras miserias. Es decir, el que quiera ser puro, por ejemplo, a fuerza de voluntad, tendrá una tarea casi imposible. En cambio, si esa persona se acerca a María, se deja

irradiar por ella, empezará a ser puro espontáneamente casi. Es lo que nos pasa con las personas en el plano humano. ¿Cuándo una persona es mejor? Cuando se junta, cuando se acerca a personas buenas, bondadosas. En cambio, cuando se acerca a personas malas, se irá para abajo. Cuando uno se acerca a personas nobles, se ennoblece; si uno se acerca a personas alegres, naturalmente se alegra. Uno recibe esa irradiación, ese palpitar de la otra persona.

Ese es el método que nosotros queremos aplicar. Hacernos pequeños en el corazón de María es lo importante. El que no se hace pequeño, que ni piense entrar nunca en el reino de los cielos, ni menos en el corazón de Dios. Esa es la condición *sine quanon*. Hay que hacerse pequeño para entrar en el corazón de María. Y allí uno crece, uno empieza a ser hijo.

Si nosotros queremos ser alegres, serviciales; si queremos tener plenitud, tranquilidad de alma, solamente lo lograremos en el corazón de María, regalando nuestro corazón a ella. Y para regalar el corazón, de alguna manera, tenemos que perderlo todo. El que quiera entrar en una relación de amor y se guarda cosas para sí, se está defendiendo y, en el fondo, no está dispuesto a perderse en el otro, no logra nada, nunca logra topar fondo. Lo mismo pasa con María. No es distinto. Uno tiene que perderse en ella, como lo pedía el Señor: ¿Crees, te confías plenamente a mí? ¿Sí? Entonces, ven. Lo único que importa es eso. ¿Tienes fe en mí, en mi amor, en que yo te quiero? San Juan dice algo muy hermoso: nosotros hemos creído en el amor de Dios, en que Dios nos ama, y ésta es la base de nuestra vida. Y ¡ay de nosotros cuando tambalea esa base!

Ese creer, ese lanzarse, ese perderse en el corazón de María, ese hacerse pequeño para adentrarse en el corazón de María, se va aprendiendo cada vez más. Es necesario ir y venir, como ciclos que se van repitiendo, pero cada vez tiene que profundizarse más, hacerse más hondo. Entregar el corazón a María, y al entregarle el corazón, le entregamos la vivencia de nuestra miseria y de nuestra pequeñez, en primer lugar.

Cuando uno ama está reconociendo que le falta algo, que tiene necesidad de un tú. Incluso está diciendo al otro: yo sin ti no puedo vivir. ¿Qué estoy diciendo con eso? Yo no soy nada, soy inmensamente pobre sin ti. Es decir, amar significa entregar un corazón humilde, un

corazón manso. Los que se engríen en su corazón, los que ponen corazas, no penetran en este mundo, les cuesta mucho. Hay que entregar el corazón. Y eso significa, en primer lugar, entregar la vivencia de la propia pequeñez. Hay que reconocer ante alguien la propia limitación. Y reconocerla no con vergüenza sino como un don que yo entrego a la otra persona.

La alianza es un misterio de intercambio de corazones. Quien no entrega la pequeñez, nunca entra en el camino que va hacia el cielo. Este es un tema siempre tan actual para nosotros. Cuando hablamos de la fe práctica en la Divina Providencia nos referimos a esto. Pero recordémoslo de nuevo: sin la entrega de nuestra pequeñez, nosotros nunca comprenderemos el misterio de Dios. Porque Dios es un Dios rico en misericordia. ¡Tenemos un paso tan importante que dar! Cuando uno se dispone, en un momento, a entregar todo, a entregar lo más hondo que tiene en su ser, que es el sentimiento de pequeñez, porque uno ha sido tantas veces infiel, se reconoce que está hecho de barro y de esos barro no tan limpios, no tan puros. Y si eso nosotros no se lo entregamos a Dios, no nos hemos entregado a él en definitiva. Mientras no le entreguemos nuestra pequeñez, la miseria, nunca vamos a descubrir su misericordia. Y esto vale para todo nuestro trato con Dios. Y especialmente en nuestro trato con la Santísima Virgen. Porque ella es encarnación del corazón de Dios, la encarnación de la misericordia de Dios. Es la ternura de Dios que se acerca a nosotros, dice el P. Kentenich.

María es la ternura de Dios. Si nosotros no entregamos a esa misericordia, a ese corazón de María, nuestra miseria, lo más hondo, lo más íntimo, no nos hemos entregado todavía. La religión, el re-ligarse a Dios, que significa religión, comienza precisamente cuando yo digo a Dios: yo no soy nadie, Señor; Mater, yo no soy nada. O como decía san Vicente Pallotti: yo soy nada y pecado, pero soy todo tuyo... Y ésa es mi única grandeza y en esa grandeza soy todo.

El Padre Fundador, en este contexto, decía: nosotros tenemos que ser como un niño raquíptico, como un niño deforme; como un niño paralítico. Pero ese niño paralítico tiene que llegar a ser un niño de pecho, una guagua, en brazos de su madre. Ese es el sentido de nuestra fragilidad; el que nosotros podamos, sin reserva, sin resistencia, podamos echarnos en los brazos de

María. Y este niño raquíto que somos pasa entonces a ser ese niño predilecto, ese niño querido. Y por serlo, pasa a ser, dice el Padre, un niño maravilloso. Ese es el misterio que debiera reflejarse en todos los schoenstattianos. La alegría de vivir, el secreto de estar siempre feliz, en todas las circunstancias, por donde uno pase.

¿Dónde estoy yo, de quién soy? Yo soy de María, estoy en ella, yo vivo en ella. Y ¿quién soy yo? Yo soy nada y pecado, so soy un miserable y, sin embargo, yo soy de María y por eso soy feliz, y nono importa nada mi miseria, porque, como dice san Pablo: "done abundó el pecado, sobreabundó la gracia". Y Dios quiso continúa diciendo san Pablo- reunir todo lo que es rebeldía para dar más su misericordia al mundo.

¿Qué es, entonces, la Alianza de Amor? Es un intercambio de corazones; es un entregar el propio corazón a María, pero entregárselo en su profundidad, en su hondura, en eso que, a veces y muchas veces quizás, tiene de tenebroso, de débil, de frágil, de doloroso. Entregárselo a ella. Y ella nos entrega su corazón y sin reservas. La grandeza de una persona se mide por el corazón de la persona a quien se regala, a quien ama. Así lo sentimos nosotros también psicológicamente. ¿Cuándo me siento grande, dónde está mi grandeza? En la grandeza de aquella persona a quien me he regalado, a quien amo, a quien pertenezco. La grandeza del amor a quien amamos es nuestra madurez. Y si estoy fuera de esa persona, lejos de esa persona, me siento como alguien a la deriva, como una barca sin puerto, como una cáscara de nuez en un mar agitado. En cambio, si estoy en esa persona, me siento grande, porque me siento seguro, cobijado. Hay que decirlo mucho y bien claramente: ¿cuánto alegamos nosotros por ser alguien y ser alguien para alguien, ser de alguien? Somos de ella, a ella pertenece nuestro corazón y su corazón nos pertenece.

Nosotros tenemos que experimentar estas cosas en el plano humano; tenemos que aprender a vivir en el corazón de otras personas. La alianza de amor nunca va despegada de la alianza de amor con los hombres. Por eso, la alianza de amor con María siempre implica que yo esté viviendo con otros en su corazón.

La Alianza de amor, un intercambio de bienes

Por la alianza de amor con María yo también intercambio con ella mis bienes: todo mi cuerpo, tal como soy; yo me entrego, me consagro a ella como soy, con todo lo que soy y como soy. Si soy feo, gordo, negro, así soy de María. Todo mi cuerpo, como soy; todo mi ser. Yo no soy un patito feo ante ella. Hay muchas personas que sufren por esto y piensan: si yo fuera así, o asá... Ante María no importa como sea, ella me quiere así. Y mi cuerpo, con su belleza o su fealdad, es de María, pertenece a ella y ella es madre, es mamá. Una mamá nunca pregunta si su hijo es hermoso para quererlo. A veces las mamás quieren mucho más al patito feo.

Pertenezco a María por entero. Mi cuerpo pertenece a ella... A ti te pertenece mi cuerpo, con su fuerza y su debilidad también; te pertenece mi cuerpo y lo que yo pueda hacer con mi cuerpo. No podemos desperdiciar nuestro cuerpo, no podemos mancillarlo tampoco. San Pablo dice: "¿Cómo van a entregar su cuerpo a una prostituta si ustedes son el cuerpo de Cristo? Vuestro cuerpo es un santuario de Dios..."

Sí, mi cuerpo es un santuario, está consagrado a Dios, es de María con toda su fuerza, con todo lo que él pueda hacer, con todo lo que debiera hacer. Yo no puedo descuidar mi cuerpo; un cuerpo de María no puede descuidarse. Y así como nosotros nos arreglamos para otra persona, así también tenemos que vivir en la conciencia de que nuestro cuerpo es de María, y que tiene que estar en condiciones, fornido, fuerte, preparado para ella. Tiene que ser como María, de María. Nuestro cuerpo es sagrado. También le pertenece la debilidad de mi cuerpo, mi cansancio, cuando mi cuerpo se derrumba, cuando se agota. Todo pasa a ser propiedad de María con la alianza de amor.

Y me pertenece también el cuerpo de María. ¿En qué sentido? En el sentido que nosotros vivimos en Dios, en Cristo. Y al vivir en Cristo, vivimos en María. Nosotros recibimos el Cuerpo de Cristo en la comunión. Nosotros recibimos a Cristo, pero interiormente, el misterio de la comunión es que nuestro cuerpo se sumerge espiritualmente en Cristo; está en Cristo. Nosotros estamos en María, así como un niño está en el seno de su Madre. Y más dependiente aún de lo que niño puede estar en el seno de su madre, estamos nosotros en María. Entonces, no temo nada, temo a la enfermedad, a la vez, al sufrimiento. Mi cuerpo es de María.

En la alianza de amor entregamos todo a María. La alianza es un intercambio de bienes. Damos a María nuestro cuerpo, nuestra inteligencia, nuestro espíritu. Todo es de ella, es un bien suyo. Mi inteligencia es suya, de tal manera que si yo quiere ser un profesional, no es para mí ni para mi familia ni para mi patria. Es para mí, es para mi familia, es para mi patria, pero, en María. Primero es para ella y en ella, es para los demás. Toda la riqueza que yo pueda tener es suya, también mis cosas, mi casa mis bienes materiales, todo es suyo.

En este sentido, tenemos que llegar a ser consecuentes con todo: mis cosas, mis útiles, mis trajes, mis zapatos, todo es de María; los bienes de mi casa, lo que hay en mi casa, las cosas que la adornan, todo es de ella, se las he consagrado a ella conmigo. Y por eso mismo, tenemos que cuidar hacer buen uso de estos bienes. Todo lo que haga lo debo hacer en función de María porque a ella le pertenece todo, porque a ella se lo he consagrado. Tenemos que llegar a hacer consciente lo que dice san Pablo: "Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí". Tendríamos que llegar a decir: "Ya no vivo yo sino que es María quien vive en mí, en todas mis cosas"...

¡Qué hermoso es saber que todo lo que uno tiene es suyo! Y, entonces, cómo cambia nuestra vida si es así. Si tengo la conciencia de que mi lapicera, por ejemplo, es de María, que yo se la consagré a ella, y que por eso, cuando escribo, estoy con ella. Todo lo que tengo, todo está consagrado a ella. Tengo que hacer un acto expreso de consagración; tenemos que tomarlo con todo lo que significa y también si algún momento signifique perder algo.

Le consagro y le entrego a María las personas. Esta persona es mía, se entregó a mí por amor. Yo la consagro a María también, es suya, y María me la da a mí. Y si esta persona es de María, no puedo hacer cualquier cosa con ella, no puedo faltarle el respeto, porque de alguna manera, esta persona pasa a ser sagrada para mí, porque la he consagrado a María y es posesión suya. Y todo lo que yo pueda hacer respecto de esa persona se lo hago a María. Todo lo mío, estas personas, mi novia, mi esposa, mis hijos, son de María.

La Alianza de Amor no se reduce sólo a algunas oraciones poéticas. Si no muerde la vida, mi propia vida, la Alianza de amor no es nada. El amor es total. Nosotros no podemos regalar a

María una que otra cosa y con las restantes hacer lo que queramos. Nada queda fuera del ámbito de la entrega en la Alianza de Amor. Todo lo mío pasa a ser posesión de María. Nos damos enteros a ella. Hay una tonada chilena que dice: "corazones partidos, yo nos lo quiero, cuando yo doy el mío, lo doy entero..." La Virgen también nos dice lo mismo: corazones partidos, yo no los quiero. Porque ella, cuando entregó su corazón a todos los hombres, a toda la humanidad, lo dio entero.

Este es el mundo de la Alianza en el cual queremos vivir. La alianza es un intercambio de bienes. Por la alianza de amor entregamos todo a María, los bienes, las personas. Y la pérdida de esas personas. Y esto es difícil. Pero por la alianza, esta persona que era mía, es posesión de María, yo se la he devuelto a María. Todo lo mío es suyo, nada hay que sea mío. Es difícil cuando perdemos a una persona, el esposo, la esposa, un hijo, un amigo, una amiga. Si nos quitan una persona querida, nuestro corazón se puede desgarrar, pero permanece en paz porque nosotros la habíamos regalado a María por nuestra alianza de amor.

La alianza es un intercambio de bienes. Yo entrego mis bienes, mis intereses, las personas que quiero. Y a cambio de lo que yo entrego, ¿qué me entrega María? ¿Cuáles son sus bienes que ella me regala? Los bienes que ella me regala son evidentes, casi los supongo.

El gran don que ella me regala es su Hijo. Es lo más suyo, lo más cálido, lo más íntimo que ella me regala. Ella lo llevó en su seno, lo dio a luz, lo trajo al mundo. Es su mayor riqueza, es su plenitud, es su mayor bien, es su todo. Y es eso lo que ella regala. Pensemos en la escena de la Visitación. María lleva y regala todos sus bienes. Apenas toca a la otra persona con el saludo, comunica su riqueza. Por eso Isabel exclama: "¿De dónde que venga la Madre de mi Señor a visitarme? Apenas me saludaste, el niño saltó de gozo en mi corazón". Ella dio su riqueza, su gracia a Isabel, y su riqueza es Cristo, es la gracia. Y cuando decimos gracia, decimos todo: la fuerza, la capacidad de dar vida, de vencer la vida. Ella nos da su riqueza, nos da la fe, la gracia de la fe, la gracia del amor, la gracia de la confianza, la gracia de la esperanza. Estos son los bienes que ella nos regala y de una manera total y sin reservas. Si hay reservas, se debe a nosotros.

A este respecto, hay una aparición que el P. Kentenich también recuerda. Es la aparición de la Virgen de la Medalla Milagrosa a Catalina de Labouré. María aparece con las manos llenas de piedras preciosas. Y Catalina se da cuenta que algunas de esas piedras brillaban y otras no. Y ella le pregunta a la Virgen por qué. Y la Virgen le responde que estas piedras son las gracias que ella tiene para sus hijos, y esas piedras que no brillan son aquellas gracias que nadie le ha pedido. Muchas veces nos cerramos a las gracias de María, a la acción de esas gracias. Nos cuesta entregar nuestra seguridad, nos defendemos, no nos abandonamos, nos guardamos; nos resguardamos y no dejamos que las gracias, que los bienes, que las riquezas de María nos toquen. Y le ponemos medida a esa gracia: hasta aquí solamente..., dame la gracia de ser piadoso, pero no me vayas a dar la gracia de tener vocación; dame la gracia de la fe, pero no la gracia de sufrir...hasta aquí solamente... A veces, en las cosas pequeñas y en las cosas grandes, le impedimos que nos regale todos sus bienes, toda su riqueza. Ella muchas veces tiene que quedarse con los regalos, con los chocolates en la mano y nosotros nos quedamos sin saborear su dulzura, porque creíamos que nos haría mal. Y no nos atrevemos a pedirle todas sus gracias.

La alianza de amor, un intercambio de intereses.

La alianza de amor es un intercambio de bienes, de intereses, de corazones. Su corazón, sus bienes, sus intereses, son nuestros también. Y nuestro corazón, nuestros bienes, nuestros intereses, son suyos.

¿Cuáles son nuestros intereses? Hay muchos intereses en nuestro corazón, en nuestra alma. Sabemos muy bien que unos son nobles y que otros no son tan nobles. Pero le entregamos todos nuestros intereses a María. También aquellos que no son nobles, para que ella acabe con ellos. Le entregamos todas esas pasiones, esos instintos bajos, desordenados, que están con toda su fuerza y que nos arrastran. A ella le pertenece todo, y también esta parte de nuestro ser que es tan fuerte y poderosa, y que muchas veces es conflictiva y nos arrastra, para que ella la domine, la ponga en orden. El corazón humano es difícil de dominar en sus intereses; se dispara y tantas veces que se dispara.

Por la alianza de amor entrega a María todos nuestros intereses: los malos, los menos malos y los buenos.

Hay una frase que a mí siempre me impresionó, de Mons. Escrivá de Balaguer, en "Camino" y dice: "Que tu vida no sea una vida estéril, que deje pozo..." Nosotros no queremos que nuestra vida sea oscura, que sea chata, que sea una vida que no tuvo ningún sueño. Queremos ser algo, alguien en la vida. Nos interesa poseer una riqueza, en nuestro ser, desarrollar nuestra personalidad; queremos ser algo para los demás; queremos ser un papá, una mamá como Dios manda y queremos serlo con toda pasión. Queremos ser un buen empresario, un buen médico. Todo eso interesa a María, todo lo ponemos en sus manos. ¿Y qué sentido le damos a ello? Muchas veces aquello que anhelamos alcanzar o que anhelamos ser, se nos escapa de las manos. Pero si estos intereses se los hemos entregado a María, si estamos conscientes que son sus intereses, ella cuidará perfectamente, ella se preocupará de las cosas como ella quiere. Porque estamos seguros que nuestros intereses son suyos.

Lo trágico es cuando el hombre tiene intereses y se pone nervioso porque no los puede realizar o porque las cosas no salen como él quiere. Si estoy siempre consciente de que las cosas que quiero tengo que realizarlas de todas maneras y que si no puedo realizarlas, me deprimó... ¡Qué cantidad de problemas me acarrea esto! Muchas veces vamos tras intereses, bienes, que son aparentemente los más grandes, los más hermosos, pero en verdad no son lo que nos conviene. María sabe mucho más que nosotros y ella cuidará. Ella nos ve con los ojos de Dios y, por lo tanto, nada le importa que fracasemos en un momento dado, que nuestros negocios se nos vengán abajo. No importa, porque ella ve otros intereses más altos, mas definitivos que aquellos que nosotros perseguimos con tanta pasión, con tanto nerviosismo.

Entregar los intereses a la Mater no quiere decir cruzarse de brazos y decir que María se las arregle. No. Quien entrega sus intereses a la Mater es una persona que puede trabajar y moverse en el mundo, en este valle de lágrimas tan difícil de atravesar con el corazón tranquilo, en paz. Porque ella cuida, ella sabe. El Padre sabe todo, no hay ningún cabello de nuestra cabeza que se caiga sin que el Padre lo sepa... ¿Por qué se angustian? ¿Por qué andan tan preocupados? Ni siquiera pueden agregar un centímetro a su estatura..

Mis intereses son de ella. Tua res agitur!, ¡se trata de tu causa!. Todo lo mío es tuyo. Y si algo no me resulta, tú verás. Yo trataré siempre de hacer lo posible, me esforzaré. Y también muchas veces, no me esforzaré tanto y por eso pido perdón. Y a veces puedo llorar...pero ella cuida. Tua res agitur, tuya es también la victoria.

Otra característica de la alianza de amor en Schoenstatt

- *La alianza de amor con María pasa por una persona*; nuestra alianza de amor con María es a través del P. Kentenich. De una u otra manera, siempre la alianza de amor en Schoenstatt pasa por el P. Kentenich. Implícita o explícitamente es así. A veces nuestro corazón empieza a vibrar por María, en forma más consciente, pero desde ella siempre vamos a llegar al P. Kentenich.

Normalmente llegamos a la alianza con Dios a través de los hombres. Por eso decimos que el amor de la alianza con María tiene mucho del amor de la amistad, del amor de los esposos, del amor de los hijos frente a sus padres. "El que dice amar a Dios a quien no ve, y no ama a su hermano a quien ve, es un mentiroso", dice Jesús. Si yo digo: Padre Dios, Virgencita, pero no amo a mi hermano que está a mi lado, estoy mintiendo, son meras palabras, frases bonitas las que digo. La realidad de la alianza aparece para mí en concreto en la amistad, en mi papá, en mi mamá, en el esposo, en la esposa. Y si yo no vivo ahí mi alianza de amor, no capto mi alianza con el mundo sobrenatural, con María, con Dios Padre.

Pretender dar un salto espiritual hacia Dios, sin pasar por la vivencia del amor humano, es extraordinariamente difícil, es inhumano. Teológicamente es imposible. El que no ama está en la muerte.

En este contexto, qué fantástico es que nuestra alianza de amor con la Mater sea a través del P. Kentenich. Y a través de ellos, con Cristo, con el Padre Dios. Y llegando al Padre Dios, podemos volver con más fuerza a nuestra relación con las personas en el plano humano. Así ese amor humano se purifica y se hace un amor fecundo. Por eso sentimos que la alianza de amor en Schoenstatt es tan humana.

- Además, la *alianza de amor en Schoenstatt está vinculada a un terruño*. Se realiza en un santuario, en una tierra determinada, en un hogar. No es una alianza etérea. Es una alianza que tiene un nombre. Y esto es algo muy extraordinario, porque muchas veces tendemos a hacer de nuestra relación con Dios algo muy etéreo. Y por eso nuestro cristianismo es débil, frágil, le falta la fuerza de lo humano que es, en último término, la fuerza de Dios.

La alianza de amor en Schoenstatt es tan humana también porque está arraigada a un lugar. Ustedes saben. que cuando dos personas se declaran su amor, nunca más se olvidan del lugar donde se se declararon. Y si lo han olvidado, dudamos un poco de ese primer amor. Normalmente, se tiene muy vivo y muy presente ese lugar. Y ese lugar pasa a ser un memorial, pasa a ser parte de ese amor. Y esto es tan cierto y tan humano que no hay ningún novio, ninguna novia, que tenga su amor así en el aire, sino que está vinculado a lugares, a cosas. Eso también sucede en nuestra alianza de amor con María. Esta alianza está vinculada a un lugar, a un Santuario.

¿Qué es, entonces, la Alianza de Amor? Resumiendo, la Alianza de Amor es un intercambio de corazones, de bienes, de intereses con la Santísima Virgen.

Esta alianza con María es expresión de la alianza con Dios; es una manera concreta de vivir nuestra alianza con Dios; es el seguro para vivir nuestra alianza con Dios. Esta alianza con María, este intercambio de bienes, de corazones, de vida, con ella, significa asumir nuestro bautismo, asumir nuestra alianza bautismal.

En la próxima charla quiero referirme a la práctica, a la vida de alianza de amor, a cómo comenzar a caminar en la alianza.